

NECROLOGIAS

RECORDANDO AL ARQUITECTO DON LUIS
GUTIERREZ SOTO



El Excmo. Sr. D. LUIS GUTIÉRREZ SOTO.
(Retrato del pintor Enrique Segura.)

I

EN MEMORIA DEL EXCMO. SR. D. LUIS GUTIERREZ SOTO

por LUIS MOYA

LA personalidad del compañero que acaba de abandonarnos, el arquitecto Luis Gutiérrez Soto, es tan extraordinaria que difícilmente puede encajarse en ninguna clasificación de maneras de ser y de actuar en esta profesión. Por el número y variedad de sus obras y proyectos podría colocarse junto a Ventura Rodríguez, al que dedicó Llaguno veintisiete páginas para hacer sólo una relación sumaria de sus trabajos. Pero las obras de Gutiérrez Soto alcanzaron mayor número y su estilo personalísimo no evolucionó como el de D. Ventura desde un estilo juvenil a otro final (del postbarroco al neoclásico), sino que desde el principio fue un estilo propio que se manifestaba en muchas formas, antiguas y modernas, empleadas en cada caso según conviniera a su propia intuición y al servicio del cliente.

No debemos engañarnos los especialistas ante la variedad de estilos que practicó nuestro admirado compañero, porque el público no se engañó: reconoció siempre a Gutiérrez Soto en cualquiera de sus obras, tanto si el aspecto de las mismas era racionalista como si era del renacimiento español. Este carácter inconfundible de su producción era el resultado de su modo de hacer, modo anclado en lo íntimo de su persona y que se mantuvo invariable a lo largo de su vida fecundísima. Este fondo de su intención creadora estaba constituido por una casi milagrosa adivinación de la personalidad del cliente, de sus deseos expresados y de los ocultos en su subconsciente, así como por una visión clara de las circunstancias del tiempo y del lugar y de la expresión estilística de éstas. Tales expresiones eran conocidas a fondo por nuestro compañero porque las

practicaba con un instinto seguro de constructor que no perdió jamás, ni siquiera en los momentos más difíciles de cambios en sistemas de estructuras y en los materiales.

Sus dotes de constructor le permitieron manejar con igual soltura la construcción a la catalana, vigente en la época de sus principios, y la nueva, fundada en los pretensados, en los plásticos y en las instalaciones; además le permitieron hacer siempre la “obra bien hecha” que pedía Eugenio d’Ors, sin que la preocupación por la técnica aplastase sus dotes creadoras ni cortase su libertad.

Desde sus primeras obras manifestó su dominio, que no le faltó nunca, sobre esta técnica, pero más aún sobre el conocimiento del valor de las formas y sobre la psicología de los clientes y del público en general. Su formación le ayudó a conquistar estas dotes: como alumno de la Escuela de Arquitectura aprovechó a fondo las enseñanzas que ésta podía darle, pero al mismo tiempo trabajaba en una famosa casa inglesa dedicada al mobiliario y a la decoración. Esto último le acostumbró al contacto directo con los materiales que pueden llamarse más humanos y con los clientes. Así no puede extrañar que poco después de terminar la carrera, en 1923, fuese capaz de aparecer, de golpe, como un arquitecto completo al construir el cine del Callao en el estilo que culminó en la Exposición de Artes Decorativas de París de 1925. La obra fue un éxito rotundo, que se confirmó y amplió pocos años después en el cine Barceló, obra difícil por la forma del solar y por el complicado programa. La solución fue magistral dentro del estilo racionalista, siendo la única obra española incluida en la primera edición de la famosa producción de Neufert sobre el arte de proyectar. Al mismo tiempo hacía obras tan dispares como el primer aeropuerto de Barajas y un seminario en Gredos.

Su dedicación principal, sin embargo, fue la casa de pisos y la aislada; al principio fueron especialmente las casas de alta categoría y de clase media alta. En ellas introdujo por primera vez en nuestro país las terrazas y un género de distribución nuevo en que intuía el futuro uso de la vivienda, pero todo esto antecedió al año 1936. Después de 1939 siguió

desarrollando el nuevo tipo de vivienda y por un feliz encargo oficial pudo aplicarlo a las más modestas. Aquí conviene recordar una anécdota. Reunidos con él varios arquitectos, uno de ellos, hombre de buen humor, le preguntó cómo trazaría unas viviendas para obreros, siendo toda su clientela habitual de la alta sociedad. Gutiérrez Soto contestó que haciéndolas exactamente igual a las que hacía, dentro de la superficie que le habían concedido. Así se construyeron y su éxito fue total, pues acertó con los deseos de los más modestos, que eran, naturalmente, vivir como los ricos, porque su conocimiento de la psicología se extendía a toda la sociedad.

Una cuestión de planteamiento necesario es el uso de formas de estilos antiguos que nuestro compañero manejó siempre con la mayor soltura. Se ha dicho muchas veces que esto es *kitsch*, y se ha creído que con esa palabra se resolvía la cuestión, en sentido peyorativo, naturalmente. Basta ver la abundante bibliografía sobre este tema, con las obras de Giesz, Broch, Dorpfles y otras muchas, para comprender que el tema es más profundo de lo que piensa cada uno de estos autores por separado, pues en realidad se trata de un problema artístico-social nuevo que se produce en todo el mundo. Gutiérrez Soto no hacía *kitsch* en el sentido habitual, que consiste en crear falsos espacios de otras épocas para vivir en la nuestra; por el contrario, hacía edificios para hoy que en nada se parecen a los antiguos, añadiéndoles medios expresivos latentes en el inconsciente colectivo, tanto antiguos como modernos, los *arquetipos* de Jung, cuya vigencia es evidente a juzgar por la experiencia universal. Su conocimiento profundo de la psicología individual y de la colectiva le permitía acertar en la elección de aquellos arquetipos, viejos o nuevos, que convenía emplear en cada caso. Teniendo en cuenta este aspecto, no puede extrañar que tengan carácter tan diferente el Ministerio del Aire y el edificio de la Unión y el Fénix

Pues, además, Gutiérrez Soto tenía el sentido del paisaje urbano y nunca destrozó ciudades. El Ministerio completa este paisaje con torres y chapiteles que tuvo Madrid en otros tiempos a lo largo de la fachada oeste

del casco urbano, su composición total es la adecuada al sitio y no lo hubiera sido una gran torre de oficinas con la fachada de *muro-cortina*, que es habitual en la arquitectura moderna, como se ve en los nuevos rascacielos de París, en la Defense y en Montparnasse, con los que se ha destruido una de las siluetas de ciudad más bellas del mundo. Diferente es el caso de la Compañía de Seguros en la Castellana. Aquí el paisaje urbano es nuevo, pues ya ha sido destruido el antiguo. Las construcciones de Gutiérrez Soto están retiradas del paseo y son de dimensiones modestas en comparación con otras de la misma zona. El color negro elegido para ellas motivó muchas discusiones, pero puede afirmarse que es consecuencia del sentido común, cualidad en que nuestro compañero fue sobresaliente: como la contaminación ennegrece las fachadas, el modo de conservarlas en buen estado es hacerlas de un color que no pueda alterarse con los gases, el humo y el polvo.

Dado el inmenso número de obras de Gutiérrez Soto hace imposible extenderse más en lo que sería intento vano dar una idea de su totalidad. Se habrá observado que todo lo dicho se refiere a sus éxitos y nada a sus fracasos porque no conocemos ninguno. Nadie, en efecto, desde jefes de empresas hasta habitantes de sus casas más modestas, se ha mostrado descontento con los edificios de que fueron destinatarios.

Como se dijo al principio, Gutiérrez Soto escapa a cualquier clasificación habitual. No fue un arquitecto de la escuela racionalista, a pesar de las trazas perfectamente funcionales de todos sus edificios. Tampoco fue un ecléctico, como los grandes arquitectos del siglo pasado y principios de éste, aunque empleó elementos de estilos antiguos y modernos. Aunque se adelantó a su época muchas veces, no cultivó la vanguardia por la vanguardia ni siguió la tradición, aunque ésta le suministró soluciones y temas.

En toda España están sus obras y en ellas nos queda la expresión de su multiforme personalidad de arquitecto de un modo vivo y perenne; aunque él, como compañero de Academia, haya abandonado esta casa, nos quedará el recuerdo de haber convivido muchos años con tan extraordinario arquitecto.